EL INFIERNO TIENE FE

DE KEVIN CALLEROS

© *El infierno tiene fe*, 2025.
Primera edición.

Número de Registro: 03-2025-071611120600-01

Escrito y desarrollado en México.

Novela para mayores de 12 años en adelante.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de esta obra, por cualquier medio o formato, sin autorización escrita de los titulares. Las infracciones serán sancionadas según la ley.

Índice

Prólogo 3

Sobre el Autor 5

Capítulo 1: Común y corriente 7

Capítulo 2: Líder y maestro carismático 18

Capítulo 3: Nuevos Ricos, Viejos Pobres 27

Capítulo 4: El Fraude 33

Capítulo 5: Intenciones Políticas 39

Capítulo 6: Un Líder Apocalíptico 46

Capítulo 7: El destino final 57

Prólogo

No tenía intención de escribir un prólogo para este libro, ni mucho menos pedir que alguien lo hiciera por mí. Sin embargo, después de mucho pensarlo, aquí está.

Tal vez usted, estimado lector, no me conozca personalmente, y no tiene que hacerlo. Quizá ya se ha encontrado con mi trabajo como autor en mi primer libro, Un regalo de locura. Ese fue un libro enfocado en el crecimiento personal que, pese a mis reiteradas aclaraciones de que no era un libro de autoayuda, terminó etiquetado como tal por los temas que abordé. Pero no pasa nada. Al final, lo importante es que fue leído.

Ahora, usted tiene en sus manos, o tal vez en su dispositivo electrónico, mi segundo libro. Como ya habrá visto en la portada, se titula El infierno tiene fe. Este es una obra completamente diferente, alejado de cualquier temática relacionada con el crecimiento personal o el desarrollo humano. Se trata, en esencia, de una novela literaria. Desde niño, mi mayor pasión ha sido contar historias y crear personajes. Por ello, no podía dejar pasar la oportunidad de inmortalizar una de esas historias en las páginas de un libro.

Este libro está dedicado a todos aquellos que, de una forma u otra, han sido dañados espiritualmente. Aclaro que no es una

historia cristiana ni mucho menos con un enfoque evangelista, simplemente utilizo el contexto religioso como el medio para contar esta historia.

Les advierto estimados lectores que esta historia es completamente ficticia. Los personajes, los nombres de lugares y los hechos que puedan parecer familiares o coincidir con la realidad son mera coincidencia. Sin embargo, queda usted advertido que lo que está a punto de leer podría ser tan real… o ser simplemente una ficción.

El infierno tiene fe es una novela corta de tono satírico que narra la historia de Dagoberto Zaragoza, un hombre común y corriente que, contra todo pronóstico, asciende al poder como líder espiritual. Su ambición no tiene límites: no solo sueña con gobernar una iglesia, sino con dominar una ciudad entera. ¿Será esta una historia que lo haga intrigarse, reír, reflexionar o encabronarse? Eso lo decidirá usted, querido lector, a medida que avance en cada capítulo.

Sobre el Autor

Kevin Calleros (Nayarit, 1998) es administrador de profesión y cuenta con una certificación en coaching integral.

Como ser humano y emprendedor, Kevin destaca por su versatilidad, talento y habilidad para reinventarse continuamente. Su pasión por el desarrollo personal y la superación lo ha llevado a explorar diversas facetas en su vida, siempre en busca de nuevos retos.

Es también autor del libro Un Regalo de Locura y, más recientemente, de su segundo título El Infierno Tiene Fe.

Capítulo 1: Común y corriente

Nuestra historia comienza en la ciudad de Chilangaquitlán, allá por los inicios del año 2,000, Chilangaquitlán era una ciudad llena de gente humilde, trabajadora, chingona y eficiente. Aquí convivían ricos, pobres, católicos, protestantes, agnósticos, ateos; famosos, artistas, políticos, emprendedores, empresarios, personas y profesionales de bajo perfil. Por allá, en las orillas de la ciudad, existía un pequeño pueblo llamado "Tamalandia". Su nombre se debía a que su fundador era un gran amante de los tamales, y si algo era el platillo típico de aquel lugar, eran los deliciosos tamales de todo tipo. Era un pueblo completamente olvidado por los gobernantes, no tenia líder político y funcionaba de una extraña manera independiente, eran raros los habitantes que tuvieran televisión, señales de internet, teléfonos celulares, muchos jóvenes abandonaban el pueblo con la esperanza de encontrar una vida mejor en la Ciudad, estaba tan olvidado y escondido que ni los políticos entraban a hacer sus campañas, lo más que recibían eran sacerdotes y misioneros a evangelizar, el pueblo contaba con una población de 71 habitantes: gente sin estudios, pero trabajadora, sencilla, profundamente religiosa y Guadalupana. El negocio de tamales más popular era el de la queridísima Doña Toña, una mujer de mediana edad, madre de tres hijos ineptos y esposa de un marido huevón, borracho y machista. Ella era una mujer trabajadora y muy mal hablada, de pelo rubio, que vestía una blusa, un short, un mandil asquerosamente manchado de grasa y unas chanclas, con unas piernas bastante peludas. Era un lunes, alrededor de las diez de la mañana, y un hombre llamado Francisco llegó con una mochila y un par de maletas a desayunar al negocio de Doña Toña, quien, curiosamente, se encontraba rasurándose una pierna encima de la mesa donde preparaba los tamales.

—Buenos días, Doña Toña. ¿Cómo se encuentra el día de hoy? —pregunta Francisco.

—¡Francisco! Pero que milagro que te dejas ver—se deja ir con Francisco y le da un abrazo fuerte—Pues mira mi Pancho que aquí ando chambeando, con salud, viva y bastante peluda ya, por eso me estoy rasurando la pierna — responde Doña Toña.

—Caray, Doña Toña, a mí también me da mucho gusto verla después de tantos años, ¿pero por qué se deja crecer el pelo en las piernas de esa manera? —pregunta Francisco.

—Ay, hijo, es que mi marido ya tiene mucho que no me toca, y en mis momentos de soledad me dejé de rasurar una pierna, para sobármela con la otra y sentir que estoy empiernada con un hombre.

—Válgame Dios, le digo. Pero sírvame dos tamales de rajas, uno de pollo y uno de cajeta.

—Claro que sí, mi Pancho. Y cuéntame, mi rey, ¿qué has hecho? Ya tenía mucho que no te veía por estos lados; ya me habían dicho que te habías ido a la capital a trabajar en la política.

—Sí, anduve en la política de la mano de alguien a quien usted conoció perfectamente bien, pues nació y creció en este pueblo olvidado por Dios.

—Ah, caray. ¿Y de quién se trata, hijo?

—Pues de nada menos que de Dagoberto Zaragoza, el hijo de Don Raymundo y Doña Cuca.

—¿Los zapateros?

—Sí, el hijo de ellos.

—Válgame, no sabía que Dagoberto andaba en la política. Es que aquí ya nadie nos visita; como dices tú, es un pueblo olvidado por el mismo Dios. Yo lo único y último que supe fue que se metió a una de esas sectas cristianas.

—Ay, Doña Toña, si le contara… pero es una historia un poco larga.

—Pues por mí no te preocupes, hijo, que tiempo tengo.

—Bueno, pues entonces tráigase el tequila.

—No, hijo, yo no puedo tomar por el problema de mis piernas.

—¿Qué tiene en las piernas?

—Se me abren.

Ambos ríen.

—Bueno, en ese caso, déjeme comenzar la historia: Como usted sabrá, Dagoberto creció en la pobreza. El negocio de su padre como zapatero apenas alcanzaba para alimentar a su familia. Imagínese, una familia de diez hijos; no debió ser nada fácil de mantener. Pero, de esos diez, Dagoberto tenía algo diferente: ambición y hambre de salir adelante. Por supuesto, su padre no podía costearle una educación universitaria, así que, a los 18 años

decidió irse de su pueblo, en alguna ocasión me conto como sucedieron las cosas:

Dagoberto, con 18 años recién cumplidos, se encontraba sentado afuera de su casa, bajo un árbol ya algo viejo. Se encontraba reflexionando sobre la miserable vida que llevaba junto a su familia, harto de ser pobre y apenas sobrevivir, estaba decidido a dejar esa vida de lado.

Don Raymundo Zaragoza, su padre, había terminado su jornada en el taller y, al observar a Dagoberto tan reflexivo, se acercó a su hijo. A pesar de su rostro arrugado y sus manos desgastadas por años de trabajo duro, aún mantenía una fuerza enorme por dentro. Se sentó junto a él, sin decir nada al principio.

Dagoberto lo miró por un momento, sin saber cómo empezar.

—Padre... me voy a la ciudad.

Las palabras fueron directas, sin rodeos. Raymundo quedó en silencio por un momento, como si lo que escuchaba no hubiera sido real. Sabía que algo como esto iba a suceder tarde o temprano, pero nunca pensó que sería tan pronto.

—¿A la ciudad? —repitió mirando al suelo, pensativo, y luego levantó la mirada hacia su hijo—. ¿Y qué vas a hacer allá?
¿Tú crees que allá es todo más fácil?

Dagoberto frunció el ceño. Le molestaba que su padre pensara de manera tan mediocre y conformista, un pensamiento que a él ya no le gustaba, y menos después de ver cómo todos los días su padre se conformaba con el poco dinero que ganaba, con los zapatos que no lograba vender al precio justo, con el techo de su casa ya caído que a veces dejaba pasar el agua de la lluvia.

—Voy a encontrar algo mejor. No quiero pasarme la vida como zapatero y mirando como ustedes se conforman. Quiero más, padre, mucho más. —Las palabras salían con firmeza, como si ya no hubiera vuelta atrás.

Don Raymundo, que en sus años había sido hombre de pocos sueños y muchas resignaciones, lo miró de reojo, como evaluando a su hijo.

—Dagoberto, en la vida no todo es querer más. No todo es ambición. A veces, es mejor estar en paz con lo que tienes, con lo que la vida te da. Yo he trabajado toda mi vida para sacar a nuestra familia adelante. Y he hecho lo que he podido. No tengo riquezas, ni poder, pero tampoco me siento mediocre.

Dagoberto se levantó del árbol y comenzó a caminar molesto, como si no pudiera controlar todos los pensamientos que invadía su mente. La frustración, la impotencia de todo lo que se había guardado dentro de sí durante años comenzaba a salir.

—Pero no es suficiente, papá. Tú siempre has tenido excusas para no ser más, para no salir de este pueblo mediocre.
¿Y yo tengo que quedarme aquí, como tú? ¿Ser como tú? — El tono de su voz se elevó con demasiado coraje.

—Mira, Dagoberto. Yo no te voy a detener. Si crees que allá vas a encontrar lo que buscas, pues lárgate. Pero algo si te advierto. El hambre de poder y de riquezas es un demonio que se alimenta de todo lo que tienes: pero sobre todo de tu alma. Puedes terminar teniendo todo lo que quieras, pero te aseguro que nunca será suficiente. Vas a ser un hombre vacío. Y un hombre vacío no tiene paz, Dagoberto...

A Dagoberto la rabia le subió por todo el cuerpo, pero las palabras de su padre ya no le afectaban. Lo que su padre veía como un límite, él lo veía como una oportunidad.

—Ya veremos, Raymundo...Pero algo si te advierto padre, el día que triunfe no me busques, no me busquen, para mí el día de hoy has dejado de ser mi padre y esta familia ha dejado de ser mi familia, todos están muertos para mí, y si se atreven a buscarme no tendré piedad y soy capaz de matarlos, ¿entendiste?, los detesto y los odio…

Su padre le metió una cachetada al escuchar la semejante aberración que su hijo acababa de decir:

—El que está muerto para nosotros, eres tú Dagoberto, lárgate de mi casa y nunca más regreses—le dijo su padre con una rabia contenida y un nudo en la garganta.

Y sin más, Dagoberto se alejó del hogar, sin mirar atrás. Dejando a su padre con un profundo dolor en su corazón. En su mente, la ambición y el hambre de poder había comenzado a tomar forma, como una fuerza que lo empujaba hacia adelante.

Dagoberto se fue del pueblo solo y sin respaldo. Llegó a la ciudad de Chilangaquitlán y comenzó a buscar trabajo como podía y durmiendo donde encontraba. En su soledad, encontró refugio en la religión y, alejándose de la tradición católica en la que había sido criado, comenzó a explorar el camino del cristianismo protestante.

Un domingo, entró a una mega iglesia llamada "Casa Viviendo en Dios". Lo atrapó la alabanza y, al comenzar el servicio, quedó fascinado por el mensaje del predicador, quien hablaba de la prosperidad y de todo lo que los hijos de Dios merecían. Bastaba con declarar y decretar en el nombre de Jesús para que todo les fuera concedido, pero, eso sí, nada de esto sería posible si los creyentes no diezmaban. El predicador lanzó una sombría predicción: afirmaba que Dios le había revelado en un sueño que vendrían tiempos de escasez, miseria, hambre, enfermedad y destrucción. Los fieles más devotos debían dar dinero para la casa

de Dios, asegurando así las bendiciones y la protección del Señor. Dagoberto observó, sorprendido, cómo la gente se llenaba de euforia y entregaba dinero al predicador. Al final del servicio, siguió al predicador hasta el estacionamiento y lo vio subir a un auto lujoso. Sin vergüenza, se acercó y le preguntó:

—¿Qué se necesita para tener su vida?

—¿Disculpa?

—Me gustó todo lo que vi allá adentro, todo lo que dijo, la reacción de las personas y ahora veo que le va bien. ¿Cómo le hace?

—¿Cuál es tu nombre, hijo?

—Dagoberto Zaragoza González.

—Mucho gusto, soy el Doctor Fernando Garibaldi.

—¿Es usted médico?

—Hijo, cuando logras seducir a la gente a niveles extraordinarios, puedes llegar a decirles que eres el mismo Jesucristo, y la gente te va a creer.

—Entonces, ¿no es doctor?

—Tú me hiciste una pregunta y te la voy a responder: ¿quieres tener riqueza, fama y fortuna en la vida, o prefieres dedicar tu vida sumisa e indigente a Dios?

—Yo quiero dinero, poder y la capacidad de liderar y gobernar.

—Me agradas; veo que tienes hambre de poder. Mira, Dagoberto, voy a confesarte algo solo porque me has agradado. En realidad, yo no creo en Dios. Muchos años me dediqué al narcotráfico; ahí hay bastante dinero. Desafortunadamente, terminé en la cárcel. Ahí conocí estas cursilerías de la religión y, para poder salir pronto, fingí redimirme. Pero pronto me di cuenta de que en la religión también había mucha oportunidad de ganar dinero, así que cambié la pistola por la biblia. Si quieres dinero, el narco es una opción, pero si quieres dinero, fama, fortuna, riqueza y la capacidad de liderar y gobernar personas, ser un líder religioso te lo permite tanto como la política.

—¿Cómo?

—Aprende a hablar en público, estudia la Biblia; la creas o no, apréndetela y juega con todo lo que encuentres en ella. Domina tus emociones, investiga y estudia sobre control mental y emocional. Y un consejo más: enfócate en lo que deseas, sin importar a quién aplastes en el camino. Solo así podrás lograr todo lo que quieras.

—Comprendo—Le dice Dagoberto reflexivo.

Con un gesto de despedida, añadió el predicador:

—Y ahora, con tu permiso, me tengo que ir; tengo un par de prostitutas esperando en mi cuarto de hotel. Ah, y una cosa más:

búscate una mujer tan ambiciosa como tú, o incluso más. Ella te respaldará. Hasta nunca, Dagoberto Zaragoza.

Dagoberto quedó tan fascinado con las palabras del estafador que se juró a sí mismo superarlo. Buscó a los encargados de la iglesia para pedirles que lo integraran a apoyar, y empezó desde abajo, con el objetivo de conocer cómo funcionaba una iglesia de este tipo, el hambre de crecimiento y superación de Dagoberto fueron clave en este proceso, cada día que pasaba por más insignificante que fuera la actividad que realizara, su objetivo en la mente era lograr ser un ministro religioso exitoso, tuvo la oportunidad de convivir con diferentes predicadores y pastores de los cuales aprendió sus movimientos, discursos que más tarde le servirían para mejorarlos con sus propias palabras.

Capítulo 2: Líder y maestro carismático

Cuando Dagoberto habló con el pastor principal de la iglesia para integrarse como servidor, el pastor Juventino Rentería, un hombre bastante avanzado de edad, carismático e inteligente, aunque con una debilidad muy particular por el sexo desenfrenado, conversó con Dagoberto acerca de la fe cristiana y de los requisitos para formar parte de su iglesia. Lo invitó a asistir a las pláticas para nuevos feligreses, lo que llevó a Dagoberto a bautizarse en la fe. Luego de eso, comenzó apoyando en todo tipo de actividades, desde mantenimiento, intendencia, voluntariado, hasta cargar el maletín del pastor. Poco a poco, se fue ganando la confianza de Juventino y del resto de la congregación.

Dagoberto llegó a la iglesia con 18 años, y así pasaron 20 años más. En ese tiempo, aprendió todo lo relacionado con la administración de la iglesia, el funcionamiento del diezmo, las ofrendas, y los ministerios. Se sabía la biblia al derecho y al revés, estudió temas de manipulación y control mental. Además, leyó libros de teología, finanzas, psicología, autoayuda, esoterismo, brujería, e incluso la biblia Satánica de Anton Szandor LaVey.

Dagoberto poseía un talento nato: el carisma y la capacidad de hablar en público. Con todos los conocimientos que había adquirido en esos 20 años, estaba más que listo para convertirse en

pastor y predicador. En el camino, conoció a Rosario Maldonado Robles, quien en ese entonces era su novia. Rosario era una joven de buena familia de clase alta, bastante conversadora y devota del cristianismo protestante. Pero compartía una característica esencial con Dagoberto: era ambiciosa, controladora, manipuladora, vanidosa y extremadamente malvada. No fue sorpresa que Dagoberto y ella se entendieran tan bien. El único obstáculo al principio fue que Dagoberto no provenía de alcurnia ni de un apellido de renombre, pero su ambición y hambre de éxito fueron suficientes para convencer y enamorar a Rosario, quien logró que sus padres lo aceptaran en la familia.

A los 25 años, se casaron. Tuvieron 2 hijos, durante ese tiempo Dagoberto y su familia vivieron del dinero que los padres de Rosario les daban mes con mes.

Todo cambio cuando Rosario la esposa de Dagoberto lo presiona para convencer al pastor Juventino para cederle el liderazgo de la iglesia. Cuando Dagoberto se dispone a hablar con el consejo de ancianos de la iglesia para proponerles la posibilidad de predicar y tomar el liderazgo, la mayoría apoyados por Juventino le dicen que sería una locura y que aún no está listo, —Sería una locura, Dago. No estás listo — añadió Juventino con certeza.

—Es verdad, eres muy joven e inexperto. Que estés casado no te otorga sabiduría aún —alegó otro anciano.

—¿Cómo pueden negarme esta oportunidad? —replicó Dagoberto, con el rostro encendido de frustración—. Llegué a esta iglesia a los dieciocho años, y ahora, con treinta y ocho, aún no me he ganado su confianza ni la dignidad de predicar. Discúlpenme, pero ustedes envejecen mientras yo maduro. La gente quiere algo nuevo, no ver a los mismos viejos decrépitos de siempre.

El salón quedó en un silencio tenso. Las palabras de Dagoberto flotaban en el aire como una ofensa, cargadas de reclamos.

—¡Lárgate de aquí, Dagoberto! —exclamó Juventino, golpeando la mesa con el puño—. Lo que acabas de decir no hace más que confirmar tu inmadurez. Sal de esta sala. Además, tenemos otros temas importantes que tratar y estamos esperando personas. Es mejor que vayas a tu casa.

Dagoberto apretó los puños, aguantándose las palabras que querían escapar en un grito. Finalmente, giró sobre sus zapatos y salió furioso de la junta, dejando tras de sí el eco de una puerta cerrándose con fuerza.

Mas tarde esa misma noche, después de un tiempo de meditar y pensar su siguiente estrategia Dagoberto se dispone a volver con el consejo y hablar nuevamente esta vez con otra estrategia en manos,

pero para su sorpresa y suerte al entrar se da cuenta de que se está realizando una orgia entre los mismos miembros del consejo, el pastor Juventino y otros hombres y mujeres que no entendía de donde habían salido.

Dagoberto quedo asquerosamente sorprendido por lo que sus ojos estaban mirando, para lo cual rápidamente corrió hacia su coche donde siempre cargaba en la guantera una cámara de rollo fotográfica, comenzó a tomar fotos y a lo lejos el pastor Juventino alcanzo a notar lo que Dagoberto hacía, por lo que detuvo la orgia.

—Deténganse, deténganse, ¡Dagoberto!, déjame explicarte por favor. —le dice Juventino a Dagoberto.

—No hay nada que explicar viejo maldito y asqueroso, he visto lo necesario para saber cómo destruirlo a usted y a esta bola de viejos jotos y decrépitos, imagínense lo que pensaran sus familias y la congregación al saber que los ancianos y lideres a los que han brindado su confianza no son más que una farsa, unos homosexuales y aberrantes bestias.

—Por Dios Dagoberto te lo suplico, dime que podemos hacer por ti para callar tu silencio.

En ese momento a Dagoberto se le pinto una enorme y malvada sonrisa en el rostro y les dijo:

—Quiero que renuncien al liderazgo, me lo cedan única y exclusivamente a mí y pongas las escrituras de la iglesia a mi nombre.

—Estás loco Dagoberto me pides una estupidez, darte el liderazgo es una cosa, pero darte mi propiedad—le contesta Juventino entre angustia y molestia.

—Entonces lo que he visto el día de hoy se sabrá—le responde con descaro Dagoberto.

En ese momento aparece Rosario con una pistola:

—¡Juventino! Harás lo que mi esposo pide, o en este momento te mando al mismísimo infierno—le dice con furia Rosario.

—Rosario, como te atreves a amenazarme, yo que te conozco de toda la vida, tus padres han sido unos buenos amigos para mi esposa y para mí.

—Cállate, asqueroso viejo enfermo, déjate de chantajes, tienes exactamente dos semanas para arreglar lo que Dagoberto te ha pedido, de lo contrario tu vida y la vida de todos estos viejos depravados corre peligro, además de hacer público las fotos de lo sucedido el día de hoy, ¿comprendiste?

—Si, ahora lárguense—le contesta Juventino a Rosario.

Y en efecto en 15 días el pastor Juventino y los ancianos renunciaron a sus puestos en la iglesia, anunciando oficialmente a Dagoberto como nuevo pastor principal y dueño de la iglesia, y de esa manera Juventino y el resto junto con sus familias se fueron de esa iglesia, dejando a Dagoberto y a su esposa Rosario en un poder y liderazgo religioso absoluto y exclusivo.

Recuerdo perfectamente la primera predica de Dagoberto, se presentó ante su congregación como su nuevo pastor, predicador y líder, yo llegue a la iglesia ese domingo, recuerdo que la alabanza era bastante movida y con unas voces principales hermosas, cuando de pronto:

Dagoberto sube al pulpito con voz firme. Los feligreses lo observaban, ahora expectantes en la promesa de una prosperidad que llegaría a sus vidas. Él, de pie sobre el altar, con la Biblia abierta frente a él, no parecía un hombre, sino un mensajero divino. Su mirada era profunda, y sus palabras, como flechas lanzadas directas al alma de cada uno de los presentes.

—¡Amados hermanos en Cristo! —grito con autoridad—, hoy quiero hablarles de algo que cambiará sus vidas para siempre. Vengo a hablarles de la promesa de Dios, una promesa de prosperidad, de bienestar y de salud.

—La Biblia nos dice en el libro de Juan, capítulo 10, versículo 10: que: "El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; pero yo

he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia". Y ¿qué significa esa abundancia? ¡Significa salud! ¡Significa prosperidad económica! ¡Significa una vida plena! Dios no nos creó para que vivamos en la pobreza, en enfermedad, ni en miseria. No, amados hermanos, Dios nos creó a Su imagen y semejanza, y eso significa que somos dioses, tenemos el derecho divino a la prosperidad y a la abundancia que Él ha preparado para nosotros.

Dagoberto levantó las manos al cielo y con una pasión en el rostro continúo elevando su predicación:

—Pero para recibir todas estas bendiciones, debemos entender algo fundamental: ¡tenemos el poder de crear nuestra realidad! La Biblia nos enseña que la fe, acompañada de nuestras palabras, tiene el poder de mover montañas, una fe que reclama con autoridad el favor de Dios.

La congregación estalló en un aplauso fuerte y eufórico. Dagoberto no se detuvo, sino que caminó de un lado a otro del altar, predicando con más pasión, como un profeta iluminado.

—¡Declaren su palabra! Y reclamen la abundancia que les pertenece por derecho divino. ¡En el nombre de Jesús, lo recibirán!

Dagoberto hizo una última pausa, dejando que el silencio envolviera el auditorio. Las miradas de todos estaban fijas en él,

esperando la última palabra que sellaría el destino de sus vidas. — ¡Y todos los que creen, digan conmigo: ¡Amén! — gritó con fuerza.

La congregación, como un solo cuerpo, respondió con un fuerte "¡Amén!" y se levantaron a aplaudir, llenos de fe, convencidos de que las bendiciones de Dios las merecían por derecho divino y como hechizo comenzaron a aventarle dinero y otros llevaban a la canasta sobres con diezmos y ofrendas, Dagoberto al observar lo sucedido le brillaban los ojos, en ese momento sabía que se había convertido no solo en un líder, si no en un "Maestro Carismático" tenía a la gente en sus manos.

Capítulo 3: Nuevos Ricos, Viejos Pobres

Fue tanto el éxito en la primera predicación de Dagoberto Zaragoza que cada domingo se multiplicaba la cantidad de feligreses, en 12 meses la iglesia se volvió famosa, prospera, y la riqueza de Dagoberto y su esposa aumento considerablemente, Dagoberto había logrado tener lo que jamás imagino pero siempre soñó tener: ahora era rico, popular y respetado, era un gran líder que junto con su esposa controlaban su rebaño, la gente los seguía como dioses o a lo que ellos se habían bautizado y proclamado como "Padres Espirituales" ahora los feligreses no podían hacer ni pensar nada sin antes consultarlos y tener la aprobación de ellos, comenzaron a controlar las vidas de las personas, emparejando y separando parejas, relaciones de amistad y seleccionando elitistamente a su grupo de amigos, aunque en la iglesia acudían personas de toda clase social, el racismo, clasismo y elitismo se empezaba a notar cada vez más marcado, era tanta la manipulación mental que Dagoberto había influido en sus mentes que ya no separaban lo correcto de lo incorrecto, cada domingo Dagoberto crecía su economía más considerablemente.

Vivía en una mansión de las residencias más lujosas de la ciudad, carros y camionetas del año, cirugías plásticas y bótox comenzaban a notarse en el cuerpo y rostro de Rosario e incluso él mismo,

habían perdido el piso, su avaricia y hambre de poder y riqueza no era saciable y cada vez querían más y más, invitaban predicadores charlatanes que se encargaban de asustar a los feligreses con supuestos sueños de parte de Dios donde advertían de catástrofes que pasarían en sus vidas si no daban ciertas cantidades de dinero a la iglesia, la gente donaba desde dinero, carros y hasta escrituras de propiedades, por supuesto que el pastel se lo repartían entre los pseudo predicadores y ellos como lideres y dueños principales de la iglesia, yo me convertí en su mayor aliado, era su mano derecha y al igual que él siempre veníamos acompañados de guaruras y guardaespaldas que le cargaban desde el maletín hasta el pilín para ir al baño, tenían su equipo de trabajo perfecto pues les honraban, respetaban y atendían en el día y hora que ellos indicaran, Dagoberto comenzó a acudir a brujas y hechiceros pues su ambición por saber el futuro era cada día más grande.

En ese momento Doña Toña interrumpe a Francisco:

—Pero que hijo de puta, que bárbaro, lo que me estas contando parece de película

—No doña Toña y todavía falta—le responde Francisco.

—Y porque tu viendo todo eso ¿no te retiraste? —le pregunta doña Toña.

—Con mucha pena le confieso que estaba cegado y embrutecido por el carisma de Dagoberto, me sentía especial a su lado, además de que tenía un sueldo que me permitía vivir muy bien para ser verdad, aunque he de confesarle que me calle muchas cosas de las que ahora me avergüenzo contar, sin embargo, la necesidad de reconocimiento y económica me hicieron seguir un largo tiempo al lado de Dagoberto.

—Comprendo Pancho, pues ya no te interrumpo, continua por favor.

—Por supuesto, como le decía Dagoberto se había convertido en un líder religioso bastante respetado y asquerosamente enriquecido a costa de los feligreses, en una ocasión realizaron la rifa de una camioneta del año, los boletos se vendieron entre la congregación y al final resulta que el ganador de la rifa fue el hijo de Dagoberto, y descaradamente le hicieron creer a las personas que eso había sido el propósito de Dios.

—Desgraciados—responde doña Toña.

—Así es Toñita bella, se habían convertido en unos nuevos ricos y viejos pobres—responde Francisco, mientras se disponía a tomar un vaso de agua.

—No cabe duda que el poder cambia a las personas— comenta doña Toña.

—Es extraño como el poder tiene algo que emborracha a quienes lo prueban, son pocos los que libran el mareo. — dice Francisco reflexivo.

—Además que usar el nombre de Dios para lucrar, eso es bastante sucio, yo por eso mejor me quedo en la católica— responde doña Toña.

—Todas son lo mismo Toña, el vaticano tiene bastante dinero que pudiera acabar con el hambre mundial o haber dígame ¿esa avaricia viene de Dios? —le dice Francisco. —Pues puede ser Pancho, pero si algo he aprendido es que quien falla es el ser humano, pero Dios no —responde doña Toña.

—Concuerdo, el ser humano ha sido el proyecto fallido de Dios— responde Francisco con decepción.

—Pero el más amado también Panchito—comenta Toña con ternura.

—Es extraño todo lo referente a Dios, pero si algo aprendí el tiempo que estuve al lado de Dagoberto Zaragoza es que el bien y el mal existen, de eso no queda la menor duda. — responde Francisco con una expresión de claridad en el rostro.

—Pero bueno Pancho sígueme contando—responde Toña con ansias por saber más.

—Si doña Toña, pero no se haga pendeja y deme los tamales que le pedí, al rato me va cobrar y yo nunca me los comí.

—Ay Pancho, discúlpame hijo, es que me quede apendejada con la historia, pero tu sigue contando mientras te los sirvo.

Toña se levanta a servirle los tamales, mientras Francisco se dispone a seguir contando la historia de Dagoberto.

Capítulo 4: El Fraude

Uno de los descaros más grandes y fuertes que realizo Dagoberto fue un mega fraude bien planeado, del que yo ignorantemente e indirectamente fui parte:

La iglesia "Casa Viviendo en Dios" había crecido rápidamente en los últimos años. Su mensaje de prosperidad y fe atraía nuevos adeptos, especialmente en una ciudad donde los sueños de una vida mejor a menudo se desvanecían bajo la pobreza. Los diezmos y ofrendas eran el alma de la iglesia; cada domingo, los feligreses daban hasta el último peso, confiados en que su dinero regresaría cien veces más a sus vidas, así como llegarían a labores sociales y humanitarias. Lo que no sabían es que gran parte de esos fondos nunca llegaban a los proyectos de ayuda social o al mantenimiento de la iglesia, ni mucho menos a sus vidas, sino que iban directamente a los bolsillos de Dagoberto y su familia.

Dagoberto, astuto y manipulador, tenía una contadora de confianza, Claudia Vergara, una mujer que había llegado a la iglesia años atrás. Era una mujer y contadora honesta, y por ello Dagoberto la había nombrado responsable de las finanzas. Pero con el tiempo, Claudia comenzó a notar ciertas irregularidades, entre ellas: transferencias a cuentas que no tenían nada que ver con

la labor religiosa y, sobre todo, la constante presión de Dagoberto para que firmara papeles que no entendía completamente.

Dagoberto, con su carisma seductor supo ganar la lealtad de Claudia. La había convencido de que su propósito en la vida era cuidar de las riquezas de la Casa de Dios. Pero lo que no le dijo nunca fue que, en realidad, los fondos estaban siendo transferidos a empresas fantasmas, empresas que, bajo nombres diferentes, estaban lavando el dinero, un plan tan perfecto que ni Claudia sospechó de él.

Dagoberto, con su astucia e inteligencia, se aseguraba de que los registros financieros de la iglesia siempre estuvieran en orden, manipulando los documentos para no dejar rastro de los desvíos de dinero. Mientras tanto, Claudia seguía sin saber la magnitud del fraude en el que estaba involucrada, hasta que un día, Claudia fue citada por las autoridades fiscales.

Una serie de denuncias anónimas, provenientes de ex feligreses que ya sospechaban de los malos manejos de la iglesia, llevaron a una investigación. Las autoridades encontraron pruebas de las transferencias ilegales, de la creación de empresas fantasmas y del lavado de dinero. Claudia, ignorante de la profundidad de la situación, fue arrestada y llevada a prisión acusada de fraude fiscal

y lavado de dinero. Fue entonces cuando Dagoberto, le prometió que usaría sus influencias para sacarla de la cárcel.

—No te preocupes, Claudia, tú estás bajo mi protección y la de Dios. Te sacaré de aquí pronto, te lo prometo— le dijo en una visita que le hizo en la cárcel.

Claudia confió en las palabras de Dagoberto. Lo que no sabía es que Dagoberto había planeado todo desde el principio. No sólo había desviado el dinero, sino que, al final, la utilizó como chivo expiatorio y Dagoberto nunca movió un dedo para ayudarla.

Al final Claudia fue declarada culpable y sentenciada a 12 años de cárcel, fue ahí cuando Claudia comprendió que todo había sido una trampa de Dagoberto y se juró que algún día

Dagoberto Zaragoza pagaría por lo que había hecho. Pero hasta entonces, Dagoberto siguió su camino, construyendo su imperio a costa de la fe de los feligreses.

—Perdona que te interrumpa Pancho, pero ¿Qué paso con la señora contadora? —Le pregunta Toña a Francisco. —Temía que me lo preguntara Toña—Le contesta agachando la cabeza Francisco.

—Si prefieres no contármelo lo comprenderé hijo, disculpa, no quise ser imprudente.

—No doña Toña, no se preocupe, es solo que no es agradable de contar, en realidad lo que paso con la contadora Claudia, es que Dagoberto temía por alguna represalia de su parte aun dentro de la cárcel, así que mando a matarla.

—Santa virgen de Guadalupe, me atrevo a decir que es un verdadero hijo de su chingada madre, no puedo creer todo esto que me cuentas, de hecho, ahora que lo pienso Don Zaragoza, Cuquita y el resto de sus hermanos se mudaron a la ciudad hace muchos años, ¿tú sabes que fue de ellos?

—Ay Toñita, los mando a matar—Le responde con pena y una que otro lagrima saliendo de sus ojos.

—Válgame Cristo crucificado siete veces, ¿estas bromeando verdad? —Le pregunta sorprendida Toña a Francisco. —Quisiera decirle que es mentira, pero cuando la familia entera se mudó a la ciudad, buscaron a Dagoberto para su apoyo familiar y económico, esto no fue del agrado de Rosario la esposa de Dago, por lo que influido por ella los mando a desaparecer con ayuda de unos mañosos que tenían de compadres, nunca más se volvió a saber de ellos, al fin y al cabo, quien más los reclamaría, para su fortuna nadie más los conoció más que en este Pueblo.

—Estoy que no me la creo Pancho, todo esto que me cuentas esta mejor que la telenovela de la noche, pero síguele hijo que de aquí

no te vas hasta que termines la historia. —¿Segura?, no quiere mejor continuar mañana—le pregunta Francisco.

—Y arriesgarme a morirme o que te pase algo a ti y quedarme sin saber el final, nombre, déjate de chingaderas y continua, que además los tamales van por mi cuenta—le comenta Toña con bastante intriga en su rostro.

Francisco continuo contándole a doña Toña sobre todas las barbaridades que Dagoberto había cometido como ministro religioso hasta llegar al giro de la historia donde Dagoberto comienza a tener intenciones políticas, cabe resaltar que unos años antes Dagoberto comenzó a invitar candidatos y figuras políticas a su iglesia donde todos los feligreses oraban por ellos para sus campañas y gestiones, además de irse con una bondadosa donación de parte de los congregantes, Dagoberto había comenzado a tener acercamiento al ámbito político por este tipo de acciones, así como empezar a ser mentor religioso de uno que otro político.

Capítulo 5: Intenciones Políticas

Pasado unos años Dagoberto estaba insatisfecho, aunque ahora tenía todo lo que soñó; riqueza, popularidad, liderazgo, propiedades y bienes materiales, no le satisfacía pues para el ser el pastor de una iglesia ya no era suficiente, no sentía esa necesidad de poder gobernar más allá de unas cuantas personas religiosas, él quería gobernar algo más, fue así como apoyado por mi cómo su mano derecha le di la idea de involucrarse en la política, una plataforma que quizá le podría brindar esa necesidad que le faltaba, al intentar querer ser parte de algunos partidos políticos, muchos lo rechazaron por su fuerte vínculo a la religión, pues le advirtieron que no lograría ser candidato a nada, a menos que dejara de ser ministro de culto religioso, y se separara material y definitivamente de su ministerio cuando menos 5 años antes del día de la elección.

Ante esto Dagoberto algo furioso comenzó a planear como dejar su liderazgo religioso sin perder todo lo que había logrado, pasado el tiempo y después de analizarlo con su esposa y familia, tomaron la decisión que, si querían lograr cosas grandes, tenían que dejar ir su tiempo en la iglesia, después de todo riqueza ya tenían, y le habían sacado bastante provecho. Al día siguiente Dagoberto lanzo una convocatoria para escoger al próximo pastor principal de la iglesia, y esa noche aprovecho para visitar a un poderoso brujo

llamado "El Brujo Negro" famoso por sus poderosos y eficientes hechizos y encantamientos, pues se había ido Haití para aprender más a profundidad sobre brujería y vudú, recomendado por un allegado a la familia Zaragoza, Dagoberto junto con su esposa Rosario acudieron de noche:

—Buenas noches Dagoberto Zaragoza, ¿en qué puedo ayudarte? —le comenta el brujo.

—Vaya que bueno es, ¿Cómo sabe mi nombre? —le pregunta Dagoberto.

—Se cosas, aunque en este caso me avisaron que vendría— le responde con seriedad el brujo.

—Bueno, mire me dijeron que usted es muy bueno en lo que hace y muy poderoso.

—Comprendo ¿y qué puedo hacer por ti?
—Durante 20 años he sido pastor, dueño y líder religioso de una iglesia evangélica, me ha ido bien, tengo mucho dinero que jamás imagine tener, soy respetado y popular entre mi gente…

—¿Un pastor cristiano, buscando brujería? Esto es nuevo para mi

—Lo sé, pero mire no se preocupe, ya no estoy en tiempo de juzgar, si no de actuar, mi mayor anhelo es tener poder, poder de gobernar, me gustaría llegar a ser Gobernador o Presidente de mi país, por ley tengo que renunciar a ser ministro religioso, pero

bueno en estos 5 años que tengo que esperar, me gustaría empezar a ir involucrándome en la política, hacerme un camino y una voz, pero sobre todo, no perder la riqueza que hemos obtenido—le responde Dagoberto con un poco de tensión en el rostro.

—¿Y a que estás dispuesto Dagoberto? —le pregunta el brujo.

—¿Dispuesto?, bueno, estoy aquí, creo que condenar mi alma es bastante, ¿no lo cree?

—Tu alma ya estaba condenada desde hace mucho tiempo, mi pregunta es enfocada a que estás dispuesto a asumir con esto que deseas, tu pides poder, pero no es algo fácil de ceder, tienes que estar dispuesto a perder lo más valioso que tienes en la vida, obtendrás lo que quieres, pero antes de saborear lo que más anhelas, un precio alto se ha de pagar.

—Bueno, yo no tiendo a creer en estas cosas, así que, qué más da, haga lo que tenga que hacer.

El brujo se dispuso a preparar el espacio, prendió velas, inciensos, mientras recitaba en lenguas extrañas oraciones, el espacio se volvió caliente, tenso, oscuro y con un aire de maldad en el viento, el brujo preparo un menjurje que como ingrediente especial tenía que llevar una gota de la sangre de Dagoberto.

El brujo, de aspecto a muerto, manos y uñas largas como de esqueleto y ojos diabólicos se encontraba en el centro de un círculo

de velas rojas, rodeado por símbolos de poder antiguo. Con manos sostenía un báculo con figura de la santa muerte, frente a él, la figura de Dagoberto permanecía inmóvil, casi impaciente, como si el peso de su destino ya estuviera marcado.

El brujo, con voz profunda comenzó a recitar el hechizo, las palabras salían de su boca, cada palabra parecía de terror:

"Que los poderes del infierno iluminen tu vida Dagoberto Zaragoza, tu alma está siendo entregada esta noche a los servicios de satanás y sus demonios, que todo lo que tu alma anhele a partir de ahora se cumpla sin obstáculo alguno, que el poder, la fama y las riquezas del mundo se pongan a tus pies, tus enemigos caerán y cuando obtengas todo lo que insaciablemente has anhelado, pagues el precio de perder lo más amado."

El brujo repitió un par de veces más la oración y al terminar Dagoberto, cuya respiración se había acelerado, sintió un estremecimiento en su cuerpo, como si una corriente invisible lo envolviera. El hechizo había sido lanzado. Dagoberto le paga al

brujo y le agradece, y Rosario y él salen de su casa, subiéndose a su camioneta para retirarse del lugar.

Cuando llego el nuevo domingo, Dagoberto subió al pulpito esta vez daría su último mensaje, por lo que le comento a su congregación sus intenciones políticas, y que era el momento para el que Dios le había llamado, invito a sus feligreses a confiar en los propósitos de Dios, comprendiendo que su tiempo como pastor había terminado, y que el señor lo quería gobernando no solo su ciudad si no su país entero, la euforia de la gente fue enorme ese día, que Rosario como por arte de magia saca unas coronas y capas de reyes e invita a la congregación a hacer lo que su corazón les llamara con esos vestuarios, por lo que el nuevo pastor y un servidor nos dispusimos a ponerles sus atuendos y coronas de reyes a Dagoberto y Rosario, la congregación gritaba eufórica "Viva a nuestros lideres, viva a nuestros Reyes, que el Señor los llevo a lo más alto", y con esa despedida, Dagoberto le entrego el liderazgo y las escrituras de la iglesia al nuevo pastor principal llamado Bernardo, Dagoberto y Rosario, salieron por la puerta grande lanzando besos y abrazos a sus feligreses que los habían acompañado por más de 30 años, se subieron a su camioneta y partieron del lugar.

Los Zaragoza se habían ido millonarios de la iglesia, pues crecieron su fortuna enormemente a base de la fe los feligreses, la fortuna de Dagoberto le permitió más fácilmente pagar sus gastos de campaña cuando se lanzó como candidato a Gobernador.

Por otra parte, Dagoberto y su esposa habían dañado la vida y la fe de muchas personas, algunas directa y otras indirectamente, pero de eso ya han de pagar cuentas.

Capítulo 6: Un Líder Apocalíptico

Durante los cinco años que Dagoberto tenía que esperar para ser candidato político, se dispuso a involucrarse en causas sociales seculares. Apoyado por mí, iniciamos el proyecto de una asociación civil que, más tarde, se convertiría en un partido político local. Poco a poco, empezó a hacerse de un nombre en la sociedad y en el ámbito político, dejando entrever sus verdaderas intenciones.

Pasados esos cinco años, Dagoberto y yo habíamos consolidado un nuevo partido político llamado "Justicia para el Crecimiento Social". Llegó la temporada de elecciones, y Dagoberto se registró como candidato a gobernador de Chilangaquitlán. En su primer evento como candidato, la plaza principal estaba llena de personas, tanto de feligreses de su antigua iglesia y otras nuevas que habían sido reclutadas por su carisma seductor, su discurso y su liderazgo.

Era un sábado a las diez de la mañana. El sol comenzaba a ponerse más fuerte mientras la gente se reunía, ansiosa por escuchar al hombre que prometía cambiar el rumbo de Chilangaquitlán. Dagoberto, ahora como candidato político y sin los símbolos de su antigua vida religiosa, subió al escenario con paso firme. Esperó a que el aplauso se apagara antes de tomar el micrófono. Su mirada

era fija, su sonrisa seductora y su voz llena de palabras de manipulación perfectamente entrenadas, comenzó a resonar:

—Hoy, ciudadanos de Chilangaquitlán, es el día en que vamos a cambiar la historia. ¡Hoy tomaremos el control de nuestro destino! —Su voz, poderosa, se extendió por toda la plaza—. No podemos seguir esperando que otros tomen decisiones por nosotros. Este momento, mi gente, es nuestro.

La multitud conectó inmediatamente con sus palabras y levantó los puños en señal de apoyo.

—Durante años nos han dicho que el futuro de nuestro país está atado a las decisiones de otros. Nos han robado lo que nos pertenece. Pero yo les pregunto: ¿es esto lo que queremos? ¿Es esto lo que merecemos?

Una ola de indignación recorrió a los asistentes. Muchos murmuraban con fervor, como si finalmente alguien les hablara de sus miedos, frustraciones y rabia contenida. Dagoberto, experto en el arte de persuadir, continuó con un discurso populista, rascando el oído de los presentes, tal como lo hacía en su tiempo como ministro religioso, pero ahora había cambiado la justicia divina por la justicia social.

—Voten por mí como su próximo gobernador, y les aseguro una vida llena de bendiciones, abundancia y prosperidad. ¡Juntos seremos los arquitectos de nuestro propio destino!

Unos gritos de aprobación se escucharon por toda la plaza, y los gritos comenzaron a escucharse: "¡Dagoberto, Dagoberto!", "¡Dagoberto para gobernador!"

—¡Juntos transformaremos esta ciudad! —gritó Dagoberto, mientras la multitud, enloquecida, lo ovacionaba.

Ese discurso fue la clave para que Dagoberto ganara la gubernatura de Chilangaquitlán.

—¿Y a todo esto, Pancho, ¿cómo es que tú estás aquí? — preguntó intrigada doña Toña.

—No coma ansias, doña Toña, que para allá voy. La historia aún no termina —respondió con calma Francisco.

—Disculpa, Panchito, sigue contando la historia del desgraciado de Dagoberto.

—En fin, para no hacer tan larga la historia, Dagoberto tomo posesión como Gobernador, y a mí me nombro su secretario particular, en medio de una luz de esperanza para el pueblo de Chilangaquitlán se acercaba una historia de terror, recuerdo que

pasado los primeros 3 años de su Gobierno todo fue tranquilo y pacífico, hasta que un día algo cambio: Un lunes Dagoberto se encontraba firmando una nueva ley que habría de cambiar la vida de todos. Sentado en su imponente escritorio de Huanacaxtle, en el Palacio de Gobierno, sus ojos destellaban un brillo inusual, un reflejo de su ambición insaciable. Yo como su secretario particular lo observaba desde un rincón de la habitación, sosteniendo una libreta llena de notas que detallaban los planes de aquel día. En mi mente, intentaba procesar las atrocidades que había presenciado en los últimos meses. Dagoberto había llegado al poder envuelto en un manto de promesas de justicia, abundancia y prosperidad. Sin embargo, las cosas no tardaron en tomar un giro inesperado. Dagoberto comenzó a cerrar iglesias, escuelas, instituciones y empresas que no se alinearan con su forma de pensar.

—El pueblo debe entender que la verdadera fe está en mi liderazgo —decía Dagoberto con una sonrisa perversa y seductora, mientras Rosario, su esposa, asentía con positivismo desde cualquier lugar que se encontrara.

—No necesitan buscar en el cielo lo que yo puedo ofrecerles aquí, en la tierra.

Yo ya había oído aquellas palabras muchas veces, pero ese día llevaban un peso diferente. Los medios de comunicación eran controlados por él y eran secuestrados y hasta asesinados los periodistas, reporteros o conductores que hablaran mal de él y su gobierno. Una noche, mientras revisaba los informes en su oficina, escuche un murmullo proveniente del balcón del despacho de Dagoberto. Me asomé con cautela y encontré a Rosario hablando con un grupo reducido de hombres que pertenecían al círculo más cercano de Dagoberto.

—El siguiente paso es esencial —decía ella con frialdad—. Necesitamos asegurarnos de que nadie cuestione el liderazgo de Dagoberto. Los que se opongan… bueno, ya saben qué hacer.

Mi corazón se aceleró. Sabía que Rosario era igual de peligrosa y malvada que Dagoberto, pero escucharla conspirar me dejó intrigado. Decidí regresar a mi escritorio, fingiendo no haber escuchado nada. Días después, Chilangaquitlán se sumió en lo que muchos comenzaron a llamar el "El Infierno en la Tierra". El gobierno de Dagoberto implementó un sistema de identificación obligatorio. Cada ciudadano debía tener insertado un chip en la piel con un código que los vinculaba directamente al registro gubernamental. Sin él, no podían trabajar, comprar ni recibir servicios básicos. Las calles se llenaron de murales con frases como

“Dagoberto es nuestro salvador y nuestro Dios” Yo sabía que no eran más que sombras de un control absoluto.

Una noche, mientras revisaba documentos confidenciales, encontré algo que me dejó sin aliento. Era un plan detallado para que Dagoberto se consolidara como absoluto Gobernante y Dios de Chilangaquitlán.

—¿Qué opinas, Francisco? —Dagoberto me pregunta por detrás. Voltee, intentando mantener la compostura. —Es… ambicioso, señor. Dagoberto río con una mezcla de arrogancia y satisfacción.

—La ambición es el único camino al éxito. Los que no lo entiendan no tienen lugar en mi gobierno.

En ese momento sabía que estaba ante un dilema moral. ¿Seguiría siendo cómplice de un hombre que parecía personificar las peores pesadillas bíblicas? ¿O arriesgaría mi vida para intentar detenerlo?

Esa misma noche me dispuse a empacar lo esencial en una maleta. Estaba decidido a huir de la ciudad. Mi posición como secretario particular de Dagoberto me daba acceso discreto para entrar y salir sin levantar sospechas, un privilegio que ahora sería mi salvación. Tomé la maleta y mis pertenencias básicas.

La tensión me oprimía el pecho mientras caminaba hacia la oficina de Dagoberto. Un silencio albergaba en los pasillos. Al llegar, noté algo que me detuvo en seco: la puerta del despacho estaba entreabierta, y la luz permanecía encendida.

Extrañamente, no había guardaespaldas a la vista. Me acerqué despacio, casi conteniendo el aliento. Al empujar la puerta, el aire se volvió más pesado. Entonces lo vi.

Dagoberto se encontraba en el suelo, inmóvil. Un charco de sangre se extendía bajo su cuerpo y en sus manos se encontraba una pistola. El hedor de la sangre invadió mis sentidos, y un escalofrío me recorrió la espalda. Retrocedí un paso, mi mente luchando por procesar lo que veía. La decisión de huir ya no era una opción; ahora, era una necesidad urgente. Si alguien me encontraba allí, junto al cadáver, era mi ruina… Sin mirar atrás, tomé la maleta con fuerza y hui de la escena y de palacio de gobierno, me subí a mi coche en las sombras de la noche, dejando atrás el cadáver de Dagoberto, fue así cómo llegué nuevamente aquí al pueblo de Tamalandia que me vio nacer.

—Santísimas vírgenes del calvario Francisco, ósea que vienes huyendo, ¿no te hace más sospechoso? —le pregunta alterada Toña.

—Tenía que huir Doña Toña, era lo mejor para mi—le responde Francisco resignado.

—¿Y quién lo habrá matado?

—A mí solo se me ocurre una persona.

—¿Quién?

—Él mismo

—¿Cómo crees que el mismo?

—Se acuerda de la parte donde Dagoberto ¿visita al brujo?

—Claro.

—El brujo le advirtió a Dagoberto que obtendría lo que pedía pero que un alto precio tendría que pagar.

—Claro algo que el amara demasiado tendría que sacrificar.

—¿Y qué era lo que Dagoberto más amaba?

—¿Su dinero?

—A él mismo, no había nada que Dagoberto amara más que a sí mismo, él se quitó la vida, me temo que enloqueció, la depravada e insaciable ambición lo llevo a perder la cordura y quitarse la vida.

—¿Y qué piensas hacer ahora Panchito?

—No lo sé, lo que, si se es que no pienso regresar a Chilangaquitlán, tengo que volver a empezar con lo que tengo aquí y llevar una vida de bajo perfil, ¿Sabe doña Toña?, ya estoy muy cansado, fue un largo viaje para llegar aquí y una larga historia que le conté, con su permiso, voy a ir a la casa de mi hermana y mi sobrino, espero me quieran recibir—le dice Francisco con cansancio en el rostro.

—Ya verás que tu hermana te va recibir Panchito, y si no, aquí tienes otra casa donde dormir—le responde con ternura Toña.

—Gracias doña Toña, agradezco sus palabras, le agradezco por los tamales y por escucharme—al levantarse de la mesa, y colgarse su mochila y maletas se deja caer una pistola.

—Válgame Dios, guarda eso Pancho no vaya a matar a alguien—le responde un poco angustiada.

—No se preocupe, no está cargada, después de todo fui secretario particular de un gobernador, tener pistola fue uno de tantos privilegios—le responde tratando de calmar a doña Toña con la mirada y dejarle claro que nada malo estaba pasando.

—Pues si verdad Francisco, pero anda vete, que se hace noche.

Francisco se retira, dejando a doña Toña intrigada sobre si realmente Dagoberto Zaragoza se había quitado la vida o quizá fue él mismo Francisco quien se la había quitado.

Capítulo 7: El destino final

Francisco continuó su vida de bajo perfil en Tamalandia, su pueblo natal. Se reconcilió con su hermana y su sobrino, decidido a dejar atrás su pasado. Sin embargo, en Chilangaquitlán, la muerte de Dagoberto desató un cumulo de emociones: hubo protestas tanto de alegría como de indignación. Algunos celebraban la muerte, mientras otros exigían justicia, cuestionando quién había sido el responsable del asesinato.

Lo que realmente ocurrió aquella noche fue que Francisco, tras tomar la decisión de renunciar a su puesto, enfrentó a Dagoberto en una tensa discusión en su despacho.

—¿Quieres renunciar? —expreso Dagoberto, con un tono cargado de burla—. ¿Tan cobarde te sientes? —No es eso, Dagoberto —respondió Francisco, tratando de mantener la calma—, pero te has convertido en un monstruo. Desde que vi de lo que eras capaz como pastor, debí haberme ido. — Pero no te fuiste, ¿verdad, Francisco? —replicó Dagoberto con una sonrisa fría—. —Usted y su esposa han hecho cosas atroces. No puedo seguir siendo parte de esto, ¿lo comprende? —No, Francisco, no lo comprendo. Pero si te quieres ir, te vas... al infierno, ¿entendiste? ¿Crees que voy a

arriesgarme a que te largues y sueltes información que podría hundirme? —No pienso contar nada, se lo juro por Dios.

—¿dios? ¡Dios no existe! Yo soy Dios aquí, y tu fe debe estar conmigo. Ahora que quieres alejarte, sufrirás un castigo eterno.

En ese momento, Rosario, la esposa de Dagoberto, entró al despacho.

—¿Qué pasa, Dagoberto? Ya es noche, ven a dormir. — Ahora voy, querida, solo tengo que resolver algo.

Francisco alzó la voz, desesperado.

—¿Es esto lo que planea? ¿Matarme después de todo lo que he hecho por usted?

—No tienes idea de lo que soy capaz con tal de que todo salga como quiero —respondió Dagoberto, acercándose a su escritorio.

—¿Y qué está dispuesto a hacer? —preguntó Francisco, desafiándolo.

Dagoberto sacó una pistola de un cajón y, sin dudar, le disparó a Rosario. El cuerpo de la mujer cayó al suelo, inerte.

—¡Santo Dios! —gritó Francisco, horrorizado—. ¡Acaba de asesinar a su esposa!

—¿Eso te basta para entender hasta dónde soy capaz de llegar? —le dice Dagoberto con una cara siniestra.

Francisco, temblando de ira y miedo, lo confrontó:

—Es usted un demonio. Ha dañado personas, ha asesinado gente. ¿Qué cuentas piensa dar?

—Mis suegros murieron hace años, ¿a quién le daré cuentas? —respondió Dagoberto con frialdad—. Al pueblo basta con decirle que murió de un infarto. Del cuerpo nos encargaremos tú y yo, ¿o si mejor le digo a los cocineros que la cocinen?, después de todo la carne humana es deliciosa, me han contado.

—¡Yo me largo! —gritó Francisco, decidido a irse.
Dagoberto le apuntó con la pistola.

—Das un paso más, y te vuelo los sesos.

Pero Francisco, llevaba un arma escondida bajo su suéter. En un movimiento rápido, giró y disparó a Dagoberto en la cabeza. Acomodó el cuerpo para simular un suicidio, huyendo poco después sin ser visto.

Más tarde, la noticia de la muerte de Dagoberto y Rosario conmocionó a Chilangaquitlán. Se dijo que todo había sido producto de un error de seguridad que permitió tal atrocidad. Esa

noche, Francisco, quien había sido la mano derecha y hombre de confianza de Dagoberto, puso fin a los siniestros planes de él y su esposa, quizá salvando a la ciudad de un destino aún peor.

Francisco escuchaba las noticias día y noche, ya fuera por radio o televisión, siempre manteniéndose informado sobre Chilangaquitlán. Cuando regresó a Tamalandia, tenía 55 años. Así transcurrieron cinco años más. Durante ese tiempo, Francisco restauró la relación con su hermana y su sobrino, retomó el negocio familiar de la agricultura y continuó llevando una vida de bajo perfil. Sin embargo, había algo que no lo dejaba tranquilo. Cada noche, una pesadilla lo atormentaba, la misma, en la que se veía en el infierno, rodeado de fuego ardiente, demonios y criaturas diabólicas que lo acechaban con miradas penetrantes y susurros extraños en sus oídos. Pero lo más perturbador era que, en medio de ese tormento, veía a Dagoberto mirarlo fijamente y decirle: "Te estoy esperando, Francisco".

Así, cada noche, durante cinco años, repetía la misma pesadilla. Cuando cumplió 60 años y, ante una crisis de conciencia y moral, decidió poner fin a su tormento. Siendo un hombre consumido por su remordimiento, decidió regresar a Chilangaquitlán y entregarse a la justicia por el asesinato de Dagoberto. No obstante, el acuerdo al que llegó fue que, en lugar de someterse directamente al juicio,

se presentaría en una conferencia de prensa pública, donde revelaría con pruebas todo lo que Dagoberto Zaragoza había cometido, no solo como gobernador, sino también como ministro religioso. Habló del fraude que se le atribuyó a la contadora Claudia, la manipulación mental que Dagoberto ejercía sobre los feligreses y el abuso sexual que perpetró contra mujeres que acudían a su consejería. Denunció también la casa hogar que dirigía junto a su esposa Rosario, un lugar que en realidad servía como fachada para un comercio ilegal de niños, que eran vendidos a cambio de dinero. Mostró pruebas fotográficas y videos perturbadores de fiestas aberrantes en las que participaron políticos y empresarios poderosos, donde la pedofilia era la diversión. A cambio de dinero y evasiones fiscales, Dagoberto y su esposa decidieron ignorar las atrocidades.

Francisco también reveló cómo Dagoberto había asesinado a su propia familia, a su esposa, e incluso a diversas personas que se interpusieron en su camino para frustrar sus oscuros planes. Aunque muchas de sus revelaciones no pudieron ser comprobadas por falta de evidencia, al menos Francisco sintió que su conciencia quedaba tranquila por haberlas hecho públicas. A pesar de todo lo que había revelado y demostrado, esto no lo eximió de ser sentenciado como cómplice de asesinatos, lavado de dinero, tráfico

de menores y por supuesto el asesinato de Dagoberto. Fue condenado a 30 años de prisión.

Por supuesto, Francisco aceptó la sentencia, pues se había preparado para ello durante todo el tiempo que pasó refugiado en Tamalandia. Pasó el resto de sus años en la cárcel, donde compartía las anécdotas y vivencias que había experimentado junto a Dagoberto Zaragoza. Lo describía como una especie de diablo humano o, religiosamente, como el anticristo. En sus últimos años de vida, Francisco llegó a sus propias reflexiones espirituales: "La religión no es el problema, sino los que la manipulan", solía decir cada noche antes de dormir. En el último momento de su vida, Francisco vio nuevamente a Dagoberto Zaragoza, quien, con una sonrisa maquiavélica, su rostro plastificado por el bótox que tanto le fascinaba y su cabello y barba blanca como la nieve; le dijo: "Ya te espero, Francisco". Con valentía, Francisco aceptó su posible y eterno destino, sabiendo que, si el cielo o el infierno existían, su propósito sería acabar con Dagoberto Zaragoza aun en la eternidad. Después de todo, el infierno también tiene fe. Así, Francisco dio su último aliento y cerró los ojos, para encontrarse con su destino final…